

MORTALIDAD COMO HECHO DEMOGRÁFICO Y COMO HECHO SOCIAL

Si bien el nacer y el morir son hechos estrictamente biológicos, que el homo sapiens comparte con todas las especies vivas, en los seres humanos se encuentran sin embargo profundamente determinados por el sistema de relaciones y conductas sociales y culturales. Tanto ante los nacimientos como ante las muertes, la sociedad y la cultura reaccionan a través de formas institucionalizadas.

De los factores que determinan la dinámica de la población, y que ocupan la atención de la ciencia demográfica, la natalidad y la mortalidad son quizás los dos fenómenos más importantes. Y no es que la migración sea de menor rango, pero nacer y morir, siendo hechos biológicos, representan los límites extremos de la existencia humana y los que se prestan además a consideraciones filosóficas, más allá de los datos de la realidad demográfica.

*Nacer es acceder a la vida e iniciar la existencia. Existencia entendida, en la filosofía, como "el modo de ser propio del hombre en cuanto es un modo de ser en el mundo, o sea, siempre en una situación determinada, analizable en términos de posibilidad"*¹.

*La existencia es, en esta interpretación, "un modo de ser ahí, donde por ahí se entiende precisamente el conjunto de las relaciones analizables que vinculan al hombre con las cosas del mundo y con los otros hombres"*².

Desde la perspectiva de la demografía, interesan los individuos "nacidos vivos", vale

decir, los que han traspuesto el umbral del parto. Es este evento el que produce el fenómeno de los nacimientos individuales que, acumulados, asumen la categoría de "natalidad" en el análisis demográfico.

No tiene sentido para la ciencia demográfica plantearse, como dilema, la naturaleza del que no ha nacido y no tiene o no tuvo existencia. Aunque sí tiene interés para ella, en cambio, analizar los hechos que llevaron a la muerte de los nacidos y de los que, habiendo sido concebidos, no llegaron a nacer.

Los no nacidos solamente cobran interés demográfico en los casos en que, habiendo sido concebidos, han muerto antes de su alumbramiento lo que llevará a la demografía a clasificar el dato en el campo de la mortalidad fetal o prenatal.

DEMOS-FACTO Y SOCIO-FACTO

El inicio de una vida humana con la unión de las células reproductoras del padre y de la madre, la formación de la cigota y el desarrollo de la etapa embrionaria de la existencia, no es tema de la demografía sino de la

1 Abbagnano, Nicola: Diccionario de Filosofía, FCE, México 1998.

2 Ibidem.

biología. Este fenómeno concita el interés de la demografía cuando el alumbramiento se concreta o, en todo caso, cuando se trata de la estimación o el estudio de tasas de embarazo, comportamiento reproductivo de una cohorte de mujeres, muertes maternas, entre otras cuestiones.

El parto no sólo es la puerta de entrada del individuo a la existencia humana, es también el punto de referencia por donde se incorporan a la ciencia de la población los datos primarios sobre la dinámica demográfica.

Los nacimientos vivos darán una medida de la fecundidad de las mujeres y del número de nuevos miembros que se suman a una población. La fecundidad es la posibilidad de que el nacimiento se concrete pero también, en la misma medida, de que no ocurra y que, en cambio, se produzca la muerte. En otras palabras, fecundidad es, al mismo tiempo y potencialmente, posibilidad de nacimiento y de muerte.

El embarazo de una mujer puede conducir o no al nacimiento del ser concebido. Solamente si el embarazo culmina con el parto y el nacimiento, la demografía recoge el hecho como dato perteneciente al campo de la natalidad.

Pero bien puede ocurrir que este mismo proceso se inscriba en el campo de la mortalidad, ya sea que haya ocurrido la muerte prenatal, que el ser haya nacido muerto, o que su muerte se produzca en algún momento que sigue inmediatamente al acto de nacer (mortalidad perinatal, neonatal, infantil) y/o que la muerte alcance también a la mujer que produjo el hecho natal (mortalidad materna).

"Vivir es la primera condición para que el individuo se constituya en elemento de una colectividad poblacional (...) Desde el punto de vista de la demografía, cada individuo al nacer está engendrando la población que le da nacimiento". Nacer es poblar y morir despoblar, con el nacimiento de cada ser, nace la población y con su muerte, muere la población: palabras más o menos, así expone Vieira Pinto³ el quid del "demos facto" o hecho demográfico.

Para quien ha de nacer, no hay opción posible al uso del



3 Vieira Pinto, Alvaro: El pensamiento crítico en demografía, CELADE, Santiago de Chile, 1973.

libre albedrío, de su libertad como don natural. No puede optar por nacer o no nacer, pues su ser es apenas resultado de un juego aleatorio de probabilidades determinadas por leyes biológicas que escapan a su voluntad y capacidad de intervención.

Pero esas condiciones azarosas de carácter biológico, tratándose de los seres humanos, tampoco actúan como fuerzas ciegas y despojadas de todo control, sino que se cumplen en un marco de relaciones sociales y culturales que imprimen al nacer el carácter de un "socio facto" o hecho social y, al mismo tiempo, cultural.

Si bien el nacer y el morir son hechos estrictamente biológicos, que el homo sapiens comparte con todas las especies vivas, en los seres humanos se encuentran sin embargo profundamente determinados por el sistema de relaciones y conductas sociales y culturales. Tanto ante los nacimientos como ante las muertes, la sociedad y la cultura reaccionan a través de formas institucionalizadas.

Pero el enmarque socio cultural del hecho de nacer, es muy diferente del de morir. Nacer es un hecho biológico rodeado casi siempre de manifestaciones culturales positivas que expresan alegría. Dar vida, iniciar la vida, vivir la vida, disfrutar de la vida, lograr buena calidad de vida, son atributos culturales que revisten al fenómeno biológico en sí, de connotaciones generalmente gratificadoras que motivan júbilo y celebración.

DEL ÚLTIMO ASILO, OSCURO Y ESTRECHO...⁴

No pasa lo mismo con el morir, un evento casi siempre temido, rechazado y rehuido como lo más negativo de la existencia humana. Si nacer es exultante, morir es luctuoso.

De igual modo, distingue al morir del nacer el hecho de que, en su acontecer, puede intervenir la voluntad personal si es que el individuo "decide" poner fin a su vida y toma la acción que conduce a acabar con ella, opción que no la tiene quien ha de nacer. En esta decisión personal por acabar con la vida, también intervienen factores sociales y culturales determinantes de la conducta del suicida, como ha señalado Durkheim⁵.

Así, en el nacer como en el morir, la intervención del ambiente social y cultural asumen importancia casi tan decisiva como la de las leyes biológicas. Solo que la opción por nacer nunca es del sujeto que no puede intervenir en la decisión de "ser concebido" y de existir (determinación que queda librada a aspectos estrictamente biológicos y a voluntades externas al sujeto, que tienen que ver con normas, valores y creencias vigentes en la sociedad y la cultura donde el nacimiento ha de ocurrir). Mientras que en el morir, por el contrario, siempre existe la posibilidad de una voluntad y una acción personal que se manifieste por encima de las imposiciones del entorno colectivo y cultural.

La filosofía aporta una doble perspectiva

4 Bécquer, Gustavo Adolfo, rima LXXIII.

5 Durkheim Emile, El Suicidio, Schapire, Buenos Aires, 1965.

6 Abbagnano, Nocla: Diccionario de Filosofía, FCE, México 1998.

de la muerte: como hecho que tiene lugar en el orden de las cosas naturales (el deceso o fin de la vida) y en su relación específica con la existencia humana⁶. En el primer caso, la muerte afecta a todo ser viviente y, como tal, no presenta para el humano un significado específico. En el segundo caso, sin embargo, puede entenderse como fin de un ciclo de vida, como iniciación de un nuevo ciclo de vida o como posibilidad existencial.

En esta línea, "Hegel considera la muerte como el fin del ciclo de la existencia individual, finita por su imposibilidad de adecuarse a lo universal"⁷. El nacimiento y la muerte delimitan la vida biológica de cada ser viviente: antes de nacer y después de morir, no hay conciencia de la existencia del YO. Como expresa la sentencia de Epicuro: "Cuando existimos, la muerte no existe; y cuando está la muerte, no existimos".

Las sociedades cuentan con modelos estandarizados de conducta que tienden a garantizar la concepción, el nacimiento, el crecimiento y el desarrollo normal y seguro de los individuos, a veces incluso desde antes que estos nacimientos se produzcan. Del mismo modo, se esfuerzan por prolongar la vida de sus miembros y cuando la inexorable finitud de la vida humana se impone con la muerte de cada individuo, buscan preservar la memoria de los muertos, a través de rituales y vínculos simbólicos en donde el tipo de relación con éstos es sustancialmente distinto del que se establece entre los sobrevivientes.

Desde el punto de vista antropológico, el "culto a los muertos" o "culto a los antepasados" se basa en dos ideas fundamentales. La primera, que la muerte es muy raramente una aniquilación total del ser: el difunto sobrevive de cierta forma en un mundo que le es propio y mantiene relaciones estrechas con los vivientes. Y la segunda, que el ser humano es un elemento de la divinidad, ya sea que fue creado a su imagen y semejanza o que haya recibido de ella una entidad espiritual que es su verdadera sustancia vital, o que desciende directamente de la divinidad por la cadena de los antepasados y participa de la divinidad por el milagro de la generación y del nacimiento"⁸.

¿VUELVE EL POLVO AL POLVO? ¿VUELA EL ALMA AL CIELO?'

El culto a los muertos en nuestro tiempo "moderno", sin embargo, comienza a ser materia de análisis mucho menos trascendentes que los de la filosofía y bastante menos retóricos que los de la poesía.

Si el poeta se interrogaba a mitad del siglo XIX:

"¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?"¹⁰

La ciencia y el urbanismo se preguntan actualmente qué hacer con tantos cadáveres humanos que amenazan ocupar casi más espacio físico que el de las generaciones vivientes.

7 *ibidem*.

8 La Antropología, Centre d'Etude et Promotion de la Lecture, Paris 1978.

9 Bécquer, Gustavo Adolfo, *ibidem*.

10 *ibidem*.

Bajo el título "Piadosa tecnología", un reciente artículo periodístico informaba que "La población de Tokio encara un interrogante perentorio, aunque macabro: ¿qué hacer con tantos muertos? La ciudad apenas si puede habérselas con todos sus residentes vivos, que en su mayoría habitan departamentos liliputienses. Afuera, autopistas de tres niveles serpentean entre bosques de rascacielos. Hasta los cementerios han llegado al límite: casi no queda espacio para nuevas tumbas."¹¹

No se trata, desde luego, de un asunto frecuente en la literatura actual sobre los grandes problemas de la humanidad, debatiéndose ella en una lucha denodada por solucionar problemas mucho más acuciosos que desechar sus cadáveres. Tampoco es tema demográfico, sin duda, aunque posiblemente muy pronto será parte del debate político y quizás religioso y filosófico.

El aumento creciente de la población mundial de seres humanos y su progresivo envejecimiento, con el consiguiente aumento de las tasas de mortalidad, comienza sin embargo a poner en evidencia este tema que en el Japón está encontrando soluciones basadas en la tecnología pero, también, en su propia cultura y en la forma como los japoneses rinden culto a sus muertos.

La citada información precisa que "Los budistas deben visitar las tumbas de sus ancestros una vez al año durante el festival Bon de agosto [por treinta y tres años, tiempo que duran los ritos budistas en honor a los muertos]. Muchos habitantes de Tokio provienen de otras partes del país y esta pe-

regración anual les lleva tiempo y dinero ... Los monjes del templo Myoho creen haber resuelto el problema. Los japoneses acostumbra cremar a sus muertos ... la solución es almacenar las urnas en una bóveda subterránea. Al llegar un visitante, le suben la urna de su pariente o amigo."¹²

El sistema funciona con tarjetas electrónicas similares a las de crédito: los deudos la introducen en una ranura de modo que, por un mecanismo computarizado, la urna que guarda las cenizas del desaparecido es izada hasta un pequeño altar adonde serán veneradas por los visitantes, parientes o amigos. Terminada la ceremonia, las urnas son devueltas a su sitio de almacenamiento por medios similares a los de una planta automatizada de producción en serie de automóviles.

Se podría argüir que este es problema de un país como el Japón, de tan estrecho territorio, de tan alta densidad demográfica y con su conocido nivel de pragmatismo y desarrollo tecnológico. Sin embargo, una noticia todavía más reciente da cuenta que una empresa española ha diseñado la primera urna funeraria biodegradable, que se deshace en el agua en 24 horas y que, en la tierra, proporciona al suelo nutrientes orgánicos. Este año fabricará 10.000 unidades con el fin de acabar con el grave problema del vertido en el mar, o en parajes montañosos, de urnas mortuorias que contienen las cenizas de los difuntos.

Según fuentes de la empresa española situada en la costa de la montañosa frontera

11 La Nación, 24 de octubre de 2000, véase. lanacion.com.ar/00/10/24/o06.htm

12 La Nación, ibidem.

franco - española, cada vez son más los pescadores que enfrentan la macabra sorpresa de encontrar urnas funerarias enrolladas en sus redes y excursionistas que se topan con estos objetos abandonados en plena naturaleza¹³.

Recientemente, ya alguien llamaba la atención sobre un hecho del que poco se habla: si en 1999 la población humana llegaba a 6.000 millones de habitantes, no cabe duda que en el curso del presente siglo se producirá un número casi exactamente similar de defunciones y una cantidad igual de despojos humanos que habrá que desechar de alguna manera.

¿ADONDE VAN LOS MUERTOS?

Estas informaciones, a primera vista curiosas, revelan la emergencia de un problema concreto de la vida moderna que, a pesar de su localización por ahora en pocos países, extiende y proyecta un interrogante universal y de apariencia paradójica sobre "el futuro de los muertos".

Cuáles sean las formas de deshacerse de los desechos físicos de los muertos, manteniendo el carácter ritual de estas prácticas, dependerá desde luego del tipo de vínculos que cada sociedad establece con sus difuntos y de cómo de arraigadas se encuentren aquéllas en su tradición y su cultura.

El problema comenzará a cobrar desarrollo a partir de una pregunta clave y sensata, a pesar de su aparente crueldad: "¿tienen

derecho los cadáveres humanos a ocupar espacios físicos que deberían estar reservados a los seres vivos?".

Existen numerosas culturas que no solamente responden afirmativamente a esta pregunta, dotándoles de importantes espacios territoriales, urbanos o suburbanos, sino que además les proveen de una planta física que se diseña, funciona y se administra con patrones muy parecidos a los de una ciudad de seres vivos: calles interiores, lotes y edificios, construcciones horizontales y verticales., como si los muertos siguieran estando objetivamente vivos cuando, en verdad, solamente sobreviven en la memoria y el afecto de sus parientes y allegados.

Algunas otras sociedades, sin embargo, comienzan a introducir prácticas innovadoras y poco ortodoxas y tradicionales. En cualquiera de los casos, o en todos los casos, la angustiada voz del poeta seguirá poniendo su tonalidad dramática a un tema que seguirá concitando, inexorablemente, dolor e impotencia:

"El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila
formando el cortejo...
La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"¹⁴.

13 Diario Noticias, Asunción, mayo 21, 2001.

14 Bécquer, ib.